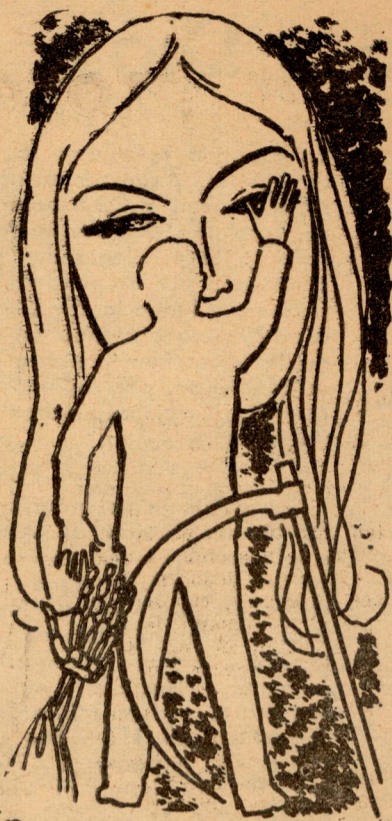


Horizontes de la Cultura

Gloria Fuertes:
en la
poesía
chilena



por Diego Mirán

José María Castellet, el joven crítico español, dirige una bella colección de poesía, cuyo nombre —Colliure— evoca el último escenario de la vida de Antonio Machado. Es precisamente bajo el signo del gran poeta que la nueva generación hispana —Celaya, Blas de Otero, Gil de Biedma, Goytisolo, Valente— ensaya y logra un lenguaje lírico que si no es posible llamar realista en cambio merece la calificación, por su índole dramática, de monologal. Entre la confidencia y el diálogo consigo mismo, esta nueva lírica se arriesga a renovar la lengua con giros del coloquio y a crear una notación que transporte la vida al arte exaltándola en sus autenticidades de fondo. Ya no, pues, la palabra lujosa, la delectación formal, el ornamento de orfebre literario, sino la patética y a veces ruda materia del espíritu humanizado, del hombre vivo y real.

En "Colliure" ha aparecido una breve pero suficiente selección de los siete títulos éditos de Gloria Fuertes y de poemas que no fueron antes incluidos en libros. El nombre de esta antología —"...que estás en la tierra..."— ya conceptúa la doble faz de su apelación: "Dios y el hombre, o tal vez el hombre-Dios y el Dios-hombre. La visión sería amarga y sin esperanza si Gloria Fuertes no equilibrara su angustia con un humor, capaz de compensar el miedo, de pura extracción sentimental. Al fin, la simbiosis se resuelve en ternura.

El afán de explicar a justificar la existencia conduce al poeta (he aquí una mujer que no es "poetisa") a descubrirse, a relatarse. Su autobiografía es, al fin y al cabo, la biografía de su pueblo. Basta un ejemplo:

Soy alegre y afable en el invierno
en el verano piso por la playa,
en el otoño pliso los visillos,
estoy como una cabra en primavera.
La ciudad me da asco.
No así el río.
Los ojos mudos de los hombres pasan
Sólo se cose a mí este silencio
que disfruto cuando las bestias duermen.
Soy más bien de buen carácter,
y nadie dice
que desde que nací yo duermo sola.
("Soy alegre")

Esta objetividad, esta economía metafórica, esta austera manera de narrarse a sí propia sin recatar el pensamiento y el deseo, abre una ventilación renovadora a la última poesía de España, tan abrumada por las situaciones idílicas e imprecisas. El mismo propósito anima a los demás poemas que hablan por el niño enfermo, por el mendigo profesional, por las mujeres obreras, por la melancólica soltera, y contra la guerra, la miseria, el odio y la muerte.

La penuria, en suma, es en Gloria Fuertes un tema que define la vida a medias del hombre acosado en una sociedad sin escapatoria para la libertad y, al mismo tiempo, el conjuro por el cual se clama en pos del fin de lo que la provoca: "Pena de muerte tiene aquel que nace", / "y tan sólo el amor pena de vida", dice. Y esa pena de vida subsiste a todos los rigores, atraviesa el suicidio y el horror reflota tras la noche de pesadilla y acaba siendo el asidero en que se instala renacida la poesía y dice su recado para siempre.

Gloria Fuertes vive alternadamente en Madrid y en Estados Unidos (es profesora en Bucknell University), dirige la revista "Arquero" y es autora de poemas para niños, algunos de los cuales son incluidos en la edición comentada ("...que estás en la tierra...". Literaturas, Colliure, Barcelona, 1962). Su poesía merece como lema unos versos de su propia creación:

Porque yo, tan mínima, sé tantas cosas,
y mi cuerpo es un ojo sin fin
con el que para mi desventura veo toda